

● ● ●
miscelánea

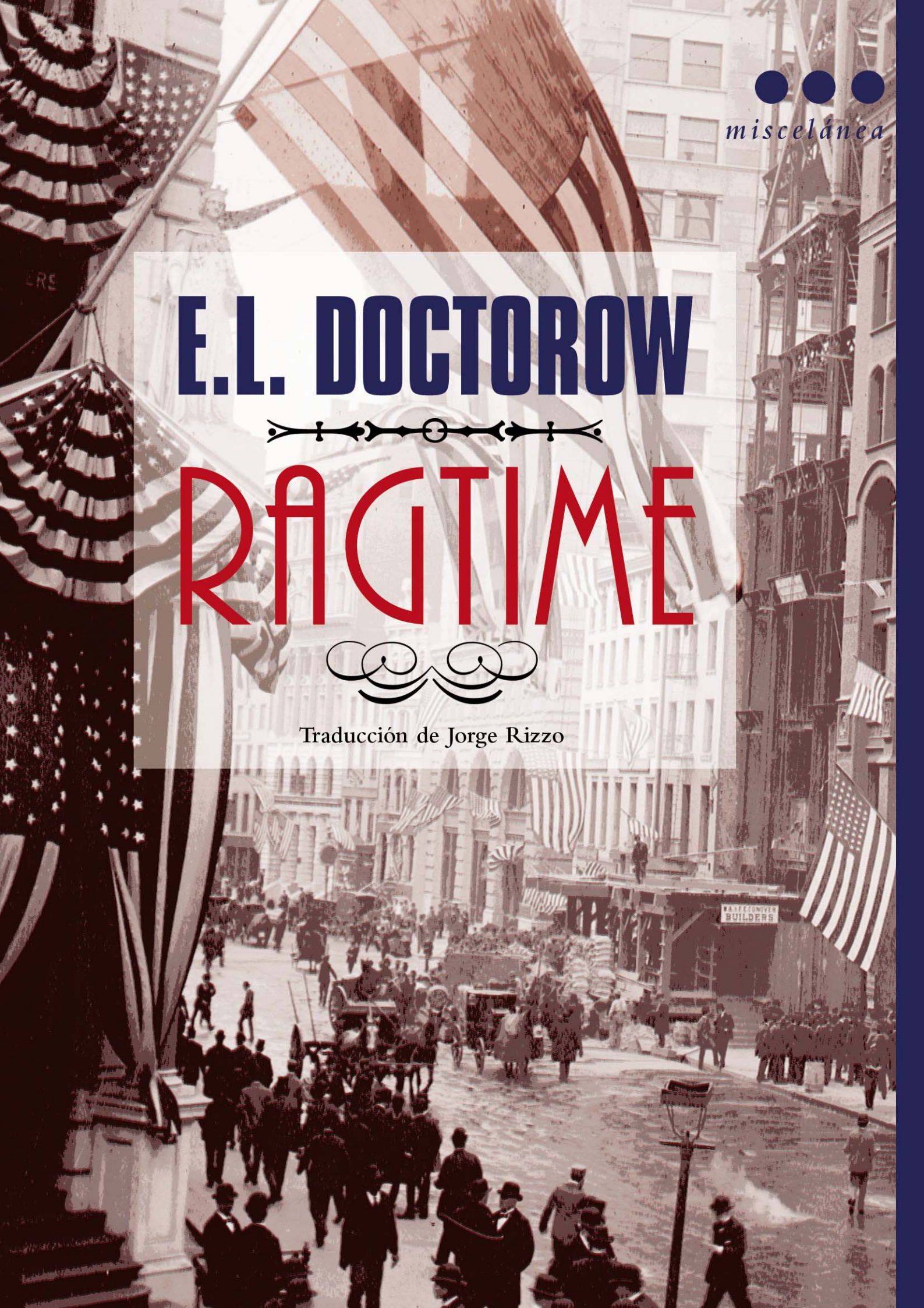
E.L. DOCTOROW



RAGTIME



Traducción de Jorge Rizzo





RAGTIME

E. L. DOCTOROW

RAGTIME

Traducción de Jorge Rizzo

m...
miscelánea

Título original:

Ragtime

© E. L. Doctorow 1974, 1975

Primera edición: marzo de 2009

© de la traducción Jorge Rizzo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Marquès de l'Argentera, 17, Pral.

08003 Barcelona

www.miscelaneaeditores.com

info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosnac, S. L.

Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1

Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-7-5

Depósito legal: M. 6.781-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicada con todo respeto
a Rose Doctorow Buck

No toquen esta pieza rápido.
Nunca se debe tocar rápido un *ragtime*.

SCOTT JOPLIN

PRIMERA PARTE

En 1902 Padre construyó una casa en lo alto de la colina de Broadview Avenue, en New Rochelle, Nueva York. Era una casa marrón con buhardillas, ventanas en saliente y un porche con mosquiteras. Unos toldos a rayas cubrían las ventanas. La familia tomó posesión de aquella sólida construcción un soleado día de junio y durante años tuvieron la impresión de que en ella todos sus días serían tranquilos y felices. Los ingresos de Padre procedían sobre todo de la manufactura de banderas, banderines y otros artículos de manifestación patriótica, incluso fuegos artificiales. El patriotismo era un sentimiento muy arraigado en aquellos primeros años del siglo. Teddy Roosevelt era presidente. La población tenía la costumbre de reunirse de forma multitudinaria, ya fuera a la puerta de casa para ver los desfiles, en los conciertos públicos, para comer espetones de pescado en la playa, en meriendas al aire libre con fines políticos, excursiones de interés social o en convenciones, teatros de vodevil, óperas o bailes. Era como si no existiera ninguna actividad de ocio que no implicara una gran concentración de gente. Los trenes, los vapores y los trolebuses iban de acá para allá. Se hacía así; así es como se vivía. Las

mujeres de entonces eran más fuertes. Visitaban a los marineros con sus sombrillas blancas. En verano todo el mundo iba de blanco. Las raquetas de tenis eran pesadas y tenían la cabeza elíptica. El sexo era languidez. Los negros no existían. Los inmigrantes tampoco. Aquel domingo por la tarde, después de comer, Padre y Madre subieron al primer piso y cerraron la puerta del dormitorio. Abuelo se durmió en el diván del salón. El niño vestido de marinero se sentó en el porche con mosquiteras y jugó a hacer morisquetas a las moscas. Al pie de la colina, Hermano Menor de Madre se subió al tranvía y llegó hasta el final de la línea. Era un hombre joven con un bigote rubio, solitario e introvertido, y se decía que tenía dificultades para encontrarse a sí mismo. Al final de la línea había un campo pantanoso con hierbas altas. El aire estaba cargado de sal. Hermano Menor, con su traje blanco de lino y su sombrero de paja, se arremangó los pantalones y caminó descalzo por las marismas espantando a las aves acuáticas, que salían volando. Era la época de nuestra historia en que Winslow Homer pintaba. Por la costa este aún había algo de luz. Homer pintaba la luz. Le daba al mar un tono pesado, amenazante e iluminaba con matices fríos las rocas y los bancos de arena del litoral de Nueva Inglaterra. Se producían inexplicables naufragios y valientes rescates con remolcadores. En los faros y en las chozas escondidas por la playa se registraban extraños sucesos. En todo el país, el sexo y la muerte pasaban bastante desapercibidos. Había mujeres desaparecidas que morían entre los rigores del éxtasis. Se acallaban historias y los reporteros recibían sobornos de las familias ricas. Había que leer entre las líneas de los periódicos y gacetas. En la ciudad de Nueva York los periódicos no paraban de hablar del asesinato del famoso arquitecto Stanford White a manos de Harry K. Thaw, excéntrico vástago de una familia enriquecida con los refrescos de cola y el ferrocarril. Harry K. Thaw era el marido de Evelyn Nesbit, la famosa belleza que en su día

había sido amante de Stanford White. Thaw había disparado a White en la azotea ajardinada del Madison Square Garden, un espectacular edificio alargado de ladrillo amarillo y terracota situado en la calle 26 y que el propio White había diseñado en estilo sevillano. Era la noche de estreno de una revista titulada *Mamzelle Champagne*, y mientras el coro cantaba y bailaba, el excéntrico heredero, que aquella noche de verano llevaba un sombrero de panamá y un grueso abrigo negro, sacó una pistola y disparó al famoso arquitecto tres veces en la cabeza. En la azotea. Se oyeron gritos. Evelyn se desmayó. A los quince años ya había sido una conocida modelo de artistas. Llevaba ropa interior blanca. Su marido le pegaba de forma habitual. Un día conoció por casualidad a Emma Goldman, la revolucionaria. Goldman la liberó con sus ideas. Al parecer, los negros sí existían. Los inmigrantes también. Y aunque los periódicos calificaron el asesinato de «crimen del siglo», Goldman sabía que aún estaban en 1906 y que quedaban noventa y cuatro años por delante.

Hermano Menor estaba enamorado de Evelyn Nesbit. Había seguido de cerca el escándalo en que se había visto envuelta y había empezado a creer que la muerte de su amante, Stanford White, y el encarcelamiento de su marido, Harry K. Thaw, la dejaba en la necesidad de recibir las atenciones de un gentil joven de clase media sin un céntimo. Pensaba en ella todo el día. Estaba desesperado por conseguirla. En su habitación, colgado de la pared, tenía un dibujo de Charles Dana Gibson, publicado en el periódico, que se titulaba «La eterna pregunta». Mostraba a Evelyn de perfil, con una gran melena de la que caía un mechón formando un interrogante. Tenía la mirada abatida y el ojo que se veía quedaba embellecido por un tirabuzón que le caía por encima de la ceja. La nariz era delicadamente respingona y la boca dibujaba un ligero mohín. El largo cuello trazaba una curva como si se tratara de un ave a punto de emprender el vuelo. Evelyn Nesbit

había provocado la muerte de un hombre y arruinado la vida a otro, por lo que dedujo que no había nada que valiera más la pena tener o desear que el contacto de sus finos brazos alrededor de su cuerpo.

La tarde estaba envuelta en una bruma azul. El agua del mar se filtraba entre la arena barrida por las olas. Se agachó y encontró una concha perfecta, una variedad de molusco infrecuente al oeste del estrecho de Long Island. Era una caracola rosa y ámbar en forma de dedal, la recogió y, bajo aquel sol oculto por la bruma que le secaba la sal pegada a los tobillos, echó la cabeza atrás y se bebió el sorbo de agua salada que contenía la caracola. Las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza chillando como oboes, y tras él, al final de la marisma, tras las altas hierbas, fuera del alcance de su vista, la campana del tranvía de North Avenue anunciaba en la distancia su llegada.

Al otro lado de la ciudad, el niño vestido de marinero se sintió de pronto inquieto y empezó a medir la longitud del porche. Con los dedos del pie presionó la base de la mecedora con respaldo de mimbre. Había alcanzado aquella edad de conocimiento y sabiduría infantiles que pilla por sorpresa a los adultos, y les resultaba irreconocible. Leía el periódico cada día y estaba al tanto de la disputa entre los jugadores de béisbol profesional y los científicos, que afirmaban que la curva en los lanzamientos no era más que una ilusión óptica. Tenía la sensación de que las circunstancias de la vida de su familia iban en contra de su necesidad de ver cosas e ir a sitios. Por ejemplo, había desarrollado un enorme interés por la obra y la trayectoria de Harry Houdini, el artista del escapismo. Pero no le habían llevado a verlo. Houdini era cabeza de cartel en los principales escenarios del país. Su público se componía de pobres: carreteros, vendedores ambulantes, policías, niños. Tenía una vida absurda. Iba por todo el mundo aceptando todo tipo de mordazas y escapándose. Le ataban a una

silla. Se escapaba. Le encadenaban a una escalera. Se escapaba. Le esposaban, le ponían grilletes en las piernas, le ponían una camisa de fuerza y le encerraban en una taquilla. Se escapaba. Se escapaba de cajas fuertes, de toneles claveteados, de sacas de correos cosidas; se escapó de una caja de piano Knabe forrada de zinc, de un balón de fútbol gigante, de una olla de hierro galvanizado, de un escritorio con puerta de persiana corredera, de una membrana de embutido. Sus fugas eran impresionantes porque nunca rompía ni parecía haber abierto los cierres de lo que le aprisionaba. Se levantaba el telón y ahí estaba, despeinado, pero triunfante junto al immaculado contenedor de donde se suponía que había salido. Saludaba a la multitud. Se escapó de una cuba de leche llena de agua y sellada. Se había escapado de un furgón blindado siberiano. De un crucifijo de tortura chino. De un penal de Hamburgo. De un barco-prisión británico. De una cárcel de Boston. Le encadenaban a neumáticos de automóviles, a norias, a cañones, y escapaba. Lo tiraban esposado desde un puente al Mississippi, al Sena, al Mersey, y aparecía en la superficie saludando. Le ponían una camisa de fuerza y lo colgaban boca abajo de grúas, de avionetas o de la azotea de edificios. Lo tiraron al océano con un traje de buzo cerrado con candados, emplomado y sin conductos para respirar, y se escapó. Lo enterraron vivo en una tumba y no pudo escapar, y lo tuvieron que rescatar. A toda prisa, excavaron y lo sacaron. «La tierra pesa demasiado», dijo jadeando. Tenía las uñas ensangrentadas. Los ojos llenos de tierra. Estaba pálido y no se mantenía en pie. Su ayudante empezó a vomitar. Houdini farfullaba casi sin aliento. Tosía sangre. Lo limpiaron y se lo llevaron al hotel. Hoy en día, casi quince años después de su muerte, el escapismo atrae a un público aún mayor.

El niño se quedó inmóvil al final del porche observando con atención una mosca azul que atravesaba la mosquitera de un modo que parecía que estuviera trepando por la colina desde

North Avenue. La mosca salió volando. Un automóvil subía la ladera arriba. Al irse acercando, vio que se trataba de un Pope-Toledo Runabout negro de 45 caballos. El niño atravesó el porche corriendo y se quedó en lo alto de los escalones. El coche pasó de largo produciendo un ruido estrepitoso, hizo un trompo y se estrelló contra el poste telefónico. El niño se metió en casa corriendo y llamó a su madre y a su padre. Abuelo se despertó sobresaltado. El niño salió de nuevo al porche. El conductor y el pasajero estaban de pie, en la calle, mirando el coche: tenía unas enormes ruedas con radios de madera esmaltados en negro. Los faros estaban delante, frente al radiador, y eran de latón, como los pilotos laterales, situados sobre el guardabarros. Tenía la tapicería acolchada y cuatro puertas. Aparentemente no presentaba daños. El conductor llevaba librea. Cuando levantó la tapa del motor, un silbido anunció el chorro de vapor blanco que salió disparado.

Varios vecinos miraban curiosos desde sus patios. Pero Padre, colocándose bien el reloj en el chaleco, bajó a la acera para ver si podía ayudar. El propietario del coche era Harry Houdini, el famoso escapista. Había ido hasta Westchester a pasar el día porque tenía intención de comprarse una vivienda en la zona. Le invitaron a entrar en casa mientras se enfriaba el radiador. Los sorprendió con su actitud modesta, casi apática. Parecía deprimido. Su éxito había atraído a una legión de competidores, lo que le obligaba a idear fugas cada vez más peligrosas. Era un hombre recio y de poca estatura, con evidente aspecto de atleta, grandes manos y la espalda y los brazos bien definidos por los fuertes músculos que se adivinaban bajo la tela de su arrugado traje de tweed que, aunque de buena calidad, no había sido la mejor opción para aquel caluroso día. El termómetro marcaba más de treinta grados. Houdini tenía el cabello tieso y rebelde, peinado con la raya en medio, y unos ojos azul claro que no paraban de moverse. Mostraba un gran respeto por Madre y Padre y hablaba de su

profesión con humildad. Lo que les sorprendió gratamente, pareciéndoles muy correcto. El niño no apartaba la mirada de él. Madre había encargado que hicieran limonada. La sirvieron en el salón y Houdini se la bebió con gusto. La estancia se mantenía fresca gracias a los toldos de las ventanas, que estaban cerradas para que no entrara el calor. Houdini hizo además de desabotonarse el cuello de la camisa. Se sentía oprimido por los sólidos muebles de diseño rectilíneo, las cortinas y las alfombras, los cojines de seda oriental, las lámparas con pantallas de cristal verde. El diván tenía una piel de cebra encima. Al ver la mirada curiosa de Houdini, Padre mencionó que había cazado aquella cebra en una expedición de caza por África. Padre era un explorador aficionado de considerable reputación. Había sido presidente del Club de Exploradores de Nueva York, al que hacía contribuciones anuales. De hecho, en unos días iba a emprender la marcha como portador del estandarte del Club en la tercera expedición Peary al Ártico.

—¿Quiere decir —replicó Houdini— que va a acompañar a Peary al Polo?

—Si Dios quiere —respondió Padre. Se recostó en su silla y encendió un cigarro.

Houdini adquirió de pronto una gran locuacidad y empezó a caminar por la estancia visiblemente agitado, hablando de sus propios viajes, de sus giras por Europa.

—¡Pero el Polo! ¡Eso sí es grande! Debe ser bastante bueno para que le hayan seleccionado —dijo. Dirigió sus ojos azules a Madre—. Y mantener el hogar en marcha tampoco es fácil —concedió.

Desde luego, no le faltaba encanto. Esbozó una sonrisa y Madre, una mujer rubia y de fuerte presencia, bajó la mirada. Durante unos minutos, Houdini deslumbró al pequeño haciendo trucos de habilidad con lo que tenía a mano. Y cuando decidió

marcharse, toda la familia le acompañó hasta la puerta. Padre y Abuelo le dieron la mano. Houdini descendió por el camino que pasaba junto al gran arce y bajó los escalones que llevaban a la calle. El chófer estaba esperando; el coche estaba perfectamente aparcado. Houdini se sentó junto al conductor y saludó con la mano. La gente se quedó mirando desde los patios. El niño había seguido al mago hasta la calle y se paró frente al Pope-Toledo, observando el reflejo distorsionado de su cabeza en el brillante latón del faro. Houdini pensó que el niño era guapo, de rostro claro como su madre y rubio, pero algo lánguido. Se asomó por encima de la puerta.

—Adiós, hijo —dijo, dándole la mano.

—Advierta al duque —respondió el niño. Y salió corriendo.

Resultó que la visita inesperada de Houdini había interrumpido el coito de Madre y Padre. Madre no mostraba ningún indicio de que fueran a retomarlo. Salió al jardín. Con el transcurrir de los días, se acercaba la fecha de la partida de Padre, éste esperaba alguna señal que le permitiera hacer una visita a la cama de su esposa. Sabía que si él tomaba la iniciativa, se arriesgaba a perder la ocasión. Era un hombre robusto de fuertes apetitos, pero valoraba el hecho de que su mujer se resistiera a adoptar actitudes poco delicadas como respuesta a las necesidades de su marido. Mientras tanto, toda la casa se preparaba para su partida. Había que hacer el equipaje, arreglar las cosas para el tiempo que iba a faltar en el negocio y ocuparse de otros mil detalles. Madre se llevó el dorso de la muñeca a la frente y se apartó un mechón de cabello. Ningún miembro de la familia era ajeno a los peligros a los que se exponía Padre. Pero nadie quería asumir la responsabilidad de pedirle que se quedara. Durante las largas ausencias de Padre, el matrimonio parecía renacer. La noche antes de la partida, a la hora de la cena, Madre dio un golpe a una cuchara con la manga y se cayó al suelo, y se sonrojó. Cuando toda la casa dormía, Padre entró en su habitación a oscuras, solemne y cuidadoso

como requería la ocasión. Madre cerró los ojos y le puso las manos sobre las orejas. Por la barbilla de Padre resbalaba el sudor, que caía sobre los pechos de ella. Madre se sobresaltó. Pensó: «Aún así sé que éstos son los años felices. Y en el futuro sólo nos esperan grandes desgracias».

A la mañana siguiente todo el mundo fue en coche hasta la estación de ferrocarril de New Rochelle para despedir a Padre. Había empleados de la oficina, y el primer ayudante de Padre dio un breve discurso. Hubo unos cuantos aplausos. Llegó el tren de Nueva York, cinco vagones barnizados en verde oscuro tirados por una Baldwin 440 con ruedas motrices radiadas. El niño observó mientras el mecánico, con su lata de aceite, comprobaba los pistones. Sintió una mano sobre el hombro, se volvió, y Padre le sonrió, le cogió la mano y se la estrechó. Al Abuelo le tuvieron que detener para que no cargara las bolsas. Con ayuda del porteador, Padre y Hermano Menor de Madre cargaron los baúles en el tren. Padre le dio la mano al joven. Le había ascendido a un puesto de mayor responsabilidad en la empresa.

—Vigíalo todo —dijo Padre.

El joven asintió. Madre sonrió encantada. Abrazó tiernamente a su marido, que le dio un beso en la mejilla. De pie en la plataforma trasera del tren, Padre se quitó el sombrero de paja y saludó con el brazo mientras el tren iniciaba la curva.

Al día siguiente, tras un desayuno con la prensa acompañado de champán, los hombres de la expedición polar de Peary soltaron amarras y su robusto barquito, el *Roosevelt*, zarpó de su muelle en el East River. Los barcos antiincendios bombeaban chorros de agua que reflejaban un arco iris mientras el sol de la mañana se alzaba sobre la ciudad. Los buques de pasajeros hacían sonar sus graves sirenas. Hasta un tiempo después, cuando el *Roosevelt* llegó a mar abierto, Padre no se convenció del todo de la realidad de aquel viaje. Allí de pie, junto a la barandilla, sus huesos estable-

cían comunicación con el impresionante e inalterable ritmo del océano. Un poco más tarde el *Roosevelt* se cruzó con un buque trasatlántico que llegaba abarrotado de inmigrantes. Padre observó la mugrienta proa de la ancha embarcación y su sonora lucha contra las olas. Las cubiertas estaban atestadas de gente. Miles de cabezas de hombres con bombines. Miles de cabezas de mujeres cubiertas con chales. Era un barco lleno de harapos con un millón de ojos oscuros que le miraban. Padre, que habitualmente era una persona animosa, de pronto zozobró por dentro. Le invadió una extraña desolación. El viento cobró fuerza, el cielo se había encapotado y el gran océano empezó a agitarse y a quebrarse sobre sí mismo como si estuviera hecho de losas de granito y bancales deslizantes de pizarra. Se quedó mirando el barco hasta que lo perdió de vista. No obstante, a bordo no había más que nuevos clientes, ya que la población inmigrante mostraba una gran devoción por la bandera de Estados Unidos.

La mayoría de los inmigrantes procedía de Italia y del este de Europa. Los llevaban en lanchas a Ellis Island. Allí, en un almacén humano de ladrillo rojo y piedra gris y curiosamente decorado, se les fichaba, se les daba una ducha y se los distribuía en bancos en un área de espera cercada. Inmediatamente percibían el enorme poder de los agentes de inmigración. Estos agentes cambiaban los nombres que no sabían pronunciar y separaban a la gente de sus familias, obligando a regresar a los ancianos, a las personas con defectos de visión, a la chusma y también a los que tenían un aspecto insolente. Su poder era sobrecogedor. Los inmigrantes pensaban en su hogar. Salían a las calles y se integraban en comunidades distribuidas en bloques de pisos. Los neoyorquinos los despreciaban. Estaban mugrientos y eran analfabetos. Apestaban a pescado y a ajo. Tenían heridas abiertas. No tenían honor y trabajaban por una miseria. Robaban. Bebían. Violaban a sus propias hijas. Se mataban entre ellos con una dura indiferencia. Entre los que más los despreciaban se encontraban los irlandeses de segunda generación, cuyos padres podrían haber cometido aquellos mismos delitos. Los niños irlandeses tiraban de la barba a los ancianos judíos y los derribaban a empujones, sa-

lían al encuentro de los vendedores ambulantes italianos y les volcaban los puestos.

En cualquier época del año, unos carros recorrían las calles y cargaban en ellos cadáveres abandonados de los marginados sociales. Entrada la noche, llegaban al depósito de cadáveres señoras ataviadas con *babushkas* anudados bajo la barbilla, buscando a sus maridos y a sus hijos. Los cuerpos yacían sobre unas mesas de hierro galvanizado. De la parte inferior de cada mesa salía un tubo de desagüe que descendía hasta el suelo. Un canal colector recorría todo el borde de la mesa. Y en el canal se recogía el agua que desde un grifo situado arriba rociaba los cuerpos. Los rostros de los muertos parecían mirar hacia los chorros de agua que les caían encima como irrefrenables lágrimas que seguían fluyendo incluso tras la muerte.

Sin embargo, de algún modo, empezó a oírse gente que daba clases de piano. La gente se aferraba a la bandera. Tallaban adoquines para las calles. Cantaban. Contaban chistes. La familia vivía en una habitación y todos trabajaban. Mameh, Tateh y la niña del pichi. Mameh y la niña cosían rodilleras en los pantalones y cobraban setenta céntimos por docena. Cosían desde que se levantaban hasta que se iban a la cama. Tateh se ganaba la vida en la calle. Con el paso del tiempo llegaron a conocer la ciudad. Un domingo decidieron derrochar doce céntimos y se pagaron tres billetes en un tranvía y se dirigieron a la parte alta de la ciudad. Pasearon por Madison Avenue y la Quinta Avenida y contemplaron las mansiones. Sus propietarios las llamaban palacios. Y eso es lo que eran, palacios. Todos habían sido diseñados por Stanford White. Tateh era socialista. Veía los palacios y le hervía la sangre. La familia caminaba a paso rápido. Los policías, con sus cascos altos, les miraban. A la policía no le gustaba ver inmigrantes en las anchas aceras de aquella parte de la ciudad. Tateh explicó que era porque, unos años antes, un inmigrante había disparado en Pittsburg al magnate del acero Henry Frick.

La familia vivió una crisis cuando les llegó una carta que decía que la niña debía ir a la escuela. Aquello significaba que no podrían llegar a fin de mes. Impotentes, Mameh y Tateh llevaron a su hija a la escuela. La matricularon y empezó a ir cada día. Tateh recorría las calles. No sabía qué hacer. Tenía un puesto de venta ambulante. Nunca encontraba una acera que fuera rentable. Mientras él estaba fuera, Mameh se sentaba junto a la ventana con su montón de tela cortada y le daba al pedal de la máquina de coser. Era una mujer menuda, de ojos oscuros, con el pelo castaño ondulado peinado con una raya en medio y recogido en un moño en la nuca. Cuando estaba sola, como en aquella ocasión, cantaba suavemente para sí con una voz aguda y fina. Sus canciones no tenían letra. Una tarde, llevó el trabajo acabado al almacén de Stanton Street. El dueño le hizo pasar a su despacho. Miró las piezas atentamente y reconoció que había hecho un buen trabajo. Contó el dinero y añadió un dólar más de lo que le correspondía. Se debía, le explicó, a que era una mujer muy guapa. Sonrió y le tocó el pecho. Mameh salió corriendo, llevándose el dólar. La vez siguiente volvió a pasar lo mismo. Le dijo a Tateh que estaba trabajando más. Se fue acostumbrando a las manos del patrón. Un día que debían dos semanas de alquiler dejó que aquel hombre se despachara con ella sobre la mesa del taller. La besó en la cara y saboreó la sal de sus lágrimas.

En aquel tiempo, Jacob Riis, infatigable reportero y activista, escribía acerca de la necesidad de viviendas para los pobres. Vivían demasiadas personas en cada habitación. No había alcantarillado. Las calles apestabán a mierda. Los niños morían de simples catarros o ligeros sarpullidos. Morían en camas hechas con dos sillas de cocina juntas. Morían en el suelo. Muchos creían que los inmigrantes pagaban con la miseria, el hambre y la enfermedad su depravación moral. Pero Riis creía en los respiraderos. Con respiraderos, luz y aire limpio habría más salud. Se metió por os-

curas escaleras, llamó a las puertas y valiéndose de un flash fotografió a familias que vivían en la indigencia. Sostenía el flash con una mano, metía la cabeza bajo una capa y, con un fogonazo, la fotografía ya estaba hecha. Cuando se iba, la familia no se atrevía a moverse y permanecía en la posición en la que se había tomado la fotografía. Esperaban que la vida cambiara. Esperaban verse transformados. Riis hizo mapas cromáticos de la población de Manhattan por etnias. El gris era para los judíos, según él era su color favorito. El rojo representaba a los italianos, de piel morena. El azul correspondía a los ahorrativos alemanes. El negro, a los africanos. El verde, a los irlandeses. Y el amarillo, a los chinos, de rostro felino, felinos también en sagacidad y furia salvaje cuando se les provocaba.

—A eso súmenle unas pinceladas de color para los finlandeses, árabes, griegos, etcétera, y el resultado es un delirante parcheado de colores —proclamaba Riis—. ¡Una delirante colcha de retazos de humanidad!

Un día Riis decidió entrevistar al eminente arquitecto Stanford White. Quería preguntarle si alguna vez diseñaría viviendas para los pobres. Quería saber sus ideas sobre la vivienda social, sobre los respiraderos, sobre la luz. Encontró a White en los muelles, supervisando la llegada de elementos arquitectónicos. Riis se maravilló ante lo que vio salir de las bodegas de los barcos: fachadas enteras de palacios florentinos y atrios atenienses, piedra por piedra, todas numeradas; pinturas, estatuas, tapices, techos tallados y pintados al fresco, patios enteros de azulejos, fuentes de mármol, escaleras y balaustradas, suelos de madera y paneles forrados en seda; cañones, penachos, armaduras, divanes, refectorios, aparadores, clavicordios; arcones con cristalerías, plata, oro y porcelana; cajas de ornamentos religiosos, cajas de libros antiguos, cajas de rapé. White, que era un hombre robusto y voluminoso, de cabello pelirrojo con algunas canas perfectamente peinadas,

iba dando golpes en la espalda a los estibadores con su paraguas plegado. «¡Con cuidado, imbéciles!», gritaba. Riis quería plantearle sus preguntas. A él le interesaban las viviendas para los pobres. Pero estaba presenciando el desmantelamiento de Europa, el saqueo de antiguas tierras, el nacimiento de una nueva estética en el arte y la arquitectura europeos. Y él era danés.

Aquella noche White asistió al estreno de *Mamzelle Champagne* en la terraza ajardinada del Madison Square. Era a principios del mes de junio y, a final de mes, una ola de calor provocaría la muerte de muchos niños por todos los barrios degradados. Los bloques de pisos irradiaban calor como si fueran hornos y sus habitantes no tenían agua que beber. El depósito al pie de las escaleras estaba vacío. Los padres salían por las calles en busca de hielo. Los reformistas habían acabado con el Tammany Hall*, pero algunos especuladores aún acaparaban el suministro de hielo y vendían pequeños bloques a precios exorbitantes. La gente sacaba los colchones a la acera. Las familias dormían en los portales de las casas. Los caballos caían fulminados y se morían en las calles. El Ministerio de Sanidad envió carros a recoger los cuerpos de los cadáveres esparcidos por la ciudad. Pero el servicio no era eficiente. Los caballos reventaban con el calor. Sus intestinos quedaban expuestos y atraían montones de ratas. Y por los callejones de los barrios bajos, a través de las prendas grises que colgaban lánguidamente de las cuerdas tendidas en los respiraderos, llegaba a la calle el olor a pescado frito.

* Nombre que se le dio a la maquinaria política del Partido Demócrata de EE.UU. desde 1854 hasta 1934. (N. del T.)